

**ESTADO DE
ARTE EN
RESILIENCIA**



Armando Waak/OPS

Julio, 1997

Estado de Arte en Resiliencia

María Angélica Kotliarenco Ph.D.
Irma Cáceres
Marcelo Fontecilla



Organización Panamericana de la Salud
Oficina Sanitaria Panamericana, Oficina Regional de la
Organización Mundial de la Salud



Fundación W. K. Kellogg



Agencia Sueca de Cooperación
Internacional para el Desarrollo

CEANIM Centro de Estudios y Atención del Niño y la Mujer



Carlos Gaggero

*“Los niños son inherentemente
vulnerables, sin embargo, a la vez
son fuertes en su determinación a
sobrevivir y crecer”.*

Radke—Yarrow y Sherman (1990)

Agradecemos a:

Catalina Álvarez y Lorena Cáceres

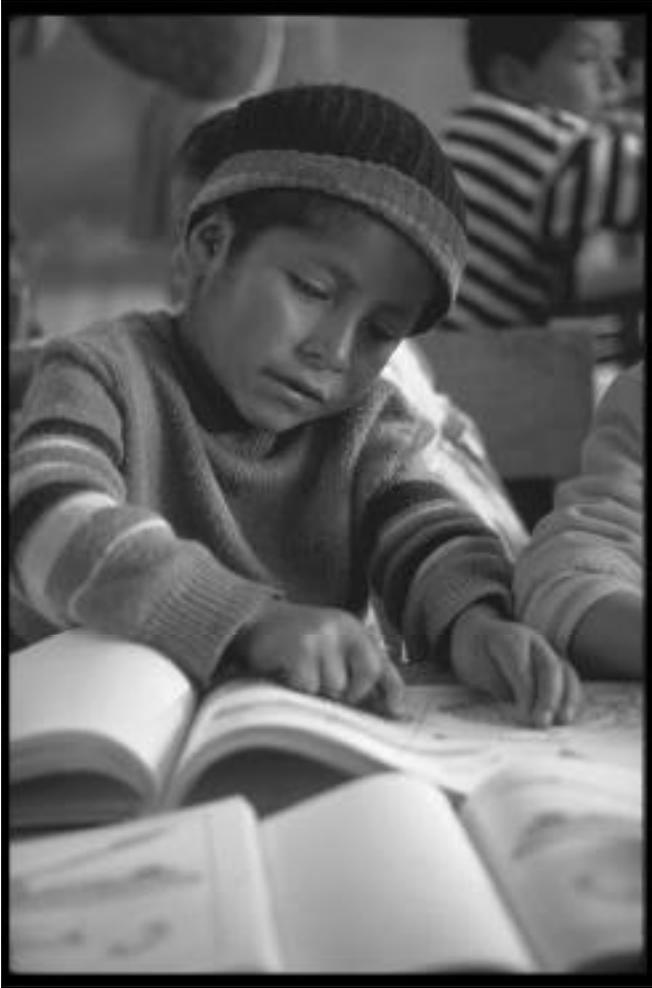
por su valiosa contribución al desarrollo de este trabajo.

Índice



Carlos Gaggero

Introducción	1
Interés por el enfoque de la resiliencia	
El concepto de resiliencia	5
Conceptos relacionados con la resiliencia	
Distinción entre los conceptos de resiliencia e invulnerabilidad	
El concepto de competencia	
El concepto de robustez [hardiness]	
Procesos de vulnerabilidad y protección	11
Vulnerabilidad	
Factores protectores	
El concepto de mecanismo en los procesos de vulnerabilidad/protección	
Los factores distales y proximales	
Mecanismos mediadores en los procesos de vulnerabilidad y protección	
La pobreza como situación de privación y estrés	19
Características psicosociales de los niños y niñas resilientes	23
Factores que promueven la resiliencia	29
Los procesos transgeneracionales	
La teoría del vínculo	
Investigación sobre riesgo	39
De la teoría a la acción	41
Aportes de la investigación en resiliencia al diseño de políticas sociales	
Bibliografía	49



Carlos Gaggero

Introducción

De acuerdo a la literatura más reciente la asociación entre pobreza y situación de adversidad ha estado presente desde el siglo XIX (Chadwick, 1865 en Bradley et al., 1994). Desde entonces, la pobreza ha sido descrita como una condición adversa que trae consigo diversos factores de riesgo específicos, los que están presentes tanto en el plano de lo físico, como de lo mental y lo social. Garmezy (1993) señala que existe una preocupación creciente a nivel internacional respecto de la crisis de la pobreza y de las consecuencias que ésta ha mostrado tener en la vida de los niños y niñas.

Respecto de la pobreza autores como Garbarino (1995) y Parker et al. (1988, en Bradley, 1994), señalan que los niños y niñas de la pobreza están sometidos a un doble riesgo. Por una parte, están expuestos con mayor frecuencia a situaciones tales como enfermedades físicas, estrés familiar, apoyo social insuficiente y depresión parental; especialmente en el caso de la madre (Osborn, 1990). Además, a partir de estos riesgos los niños de la pobreza están expuestos a consecuencias más serias comparados con sus pares de grupos sociales más aventajados desde un punto de vista social y económico. También se han mencionado otros efectos, tales como la mayor presencia de problemas de tipo conductual.

A fines de la década del setenta, se iniciaron conversaciones en un nuevo dominio, relacionadas con el desarrollo al interior de las ciencias sociales del concepto de resiliencia. La discusión en torno a este concepto se inició en el campo de la psicopatología, dominio en el cual se constató con gran asombro e interés, que algunos de los niños criados en familias en las cuales uno o ambos padres eran alcohólicos, y que lo habían sido durante el proceso de desarrollo de sus hijos, no presentaban carencias en el plano biológico ni psicosocial, sino que por el contrario, alcanzaban una "adecuada" calidad de vida (Werner, 1989).

El enfoque de la resiliencia parte de la premisa que nacer en la pobreza, así como vivir en un ambiente psicológicamente insano, son condiciones de alto riesgo para la salud física y mental de las personas. Más que centrarse en los circuitos que mantienen esta situación, la

resiliencia se preocupa de observar aquellas condiciones que posibilitan el abrirse a un desarrollo más sano y positivo.

Desde la década del ochenta en adelante, ha existido un interés creciente por conocer aquellas personas que desarrollan competencia [do well]¹ a pesar de haber sido criadas en condiciones adversas, o bien en circunstancias que aumentan el riesgo de presentar psicopatologías (Osborn, 1990). Este grupo de personas ha sido denominado como resiliente.

De acuerdo a Rutter (1979), existe una tendencia lamentable a centrarse en todo aquello que resulta sombrío, así como en los resultados negativos del desarrollo. La posibilidad de la prevención surge al aumentar el conocimiento y la comprensión de las razones por las cuales algunas personas no resultan dañadas por la privación. En 1979, el mismo autor señalaba la importancia de conocer los factores que actúan como protectores de las situaciones de adversidad, pero que resultaría aún más importante conocer la dinámica o los mecanismos protectores que los subyacen.

Por su parte, Werner (1989) plantea que el tema de la resiliencia resulta importante, en tanto a partir de su conocimiento es posible diseñar políticas de intervención. Según esta autora, la intervención desde un punto de vista clínico puede ser concebida como un intento de alterar el balance presente en las personas, que oscila desde la vulnerabilidad a la resiliencia. Esto puede ocurrir ya sea, disminuyendo la exposición a situaciones de vida provocadoras de estrés y que atentan contra la salud mental (p.e. alcoholismo paterno/materno, psicopatología de los padres o bien a la separación o divorcio de éstos), o bien aumentando o reforzando el número de factores protectores que pueden estar presentes en una situación dada; por ejemplo, reforzar fuentes de apoyo y afecto, favorecer la comunicación y las habilidades de resolución de problemas.

Interés por el enfoque de la resiliencia

De acuerdo a Rutter (1966, 1987a, en Rutter 1990), el interés por estudiar el concepto de resiliencia deviene al menos de tres áreas de investigación. La primera proviene de la consistencia que muestran los datos empíricos respecto de las diferencias individuales que se observan al estudiar poblaciones de alto riesgo; observación referida a los hijos de padres mentalmente enfermos. En segundo lugar, se hace mención de los estudios sobre temperamento,

1 Se utilizarán corchetes [] para señalar el término en inglés de las palabras cuya traducción resulte imprecisa.

implementados por diversos investigadores en los Estados Unidos en la década del sesenta (Thomas, Birch, Chess, Hertzog y Korn, 1963). En tercer lugar, se menciona a Meyer (1957), en relación a la importancia que asigna al hecho de que a nivel de las personas es posible observar las distintas formas en que éstas enfrentan las situaciones de vida, así como las experiencias claves o los momentos de transición.

En las publicaciones que Rutter realizara en el año 1986, el autor da cuenta de las distintas consideraciones que estarían marcando la dirección hacia la cual van los resultados obtenidos en estudios sobre resiliencia. Rutter se refiere a los aportes que entrega un enfoque psicobiológico, en términos del análisis de la interacción que en forma recurrente se da entre las personas y el medio ambiente; además, destaca el rol activo que tienen los individuos frente a lo que les ocurre. Finalmente, señala que la resiliencia no está ligada a la fortaleza o debilidad constitucional de las personas, sino que su comprensión incluye una reflexión respecto de cómo las distintas personas se ven afectadas por los estímulos estresantes, o bien sobre cómo reaccionan frente a éstos.

Por otra parte, Rutter se refiere a lo que él denominó la *negociación que las personas hacen frente a las situaciones de riesgo*; bajo esta perspectiva la atención se focalizó en los mecanismos y no en los llamados factores protectores.

Para quienes trabajan tanto en el plano de la teoría como de la práctica en el ámbito de la pobreza, el concepto de resiliencia y aquellos afines a éste (p.e., factores y mecanismos protectores) abren un abanico de posibilidades, en tanto se enfatizan las fortalezas o aspectos positivos de los seres humanos. Este enfoque resulta de interés, especialmente si se compara con aquél que prevaleció desde la década del sesenta, en el cual se subrayaban las carencias o déficits que presentaban los niños de la pobreza. Los programas basados en este último enfoque tenían un carácter compensatorio, en tanto tenían como objetivo suplir las carencias de los niños de los sectores populares. El enfoque de la resiliencia, por su parte, resalta los aspectos positivos que muestran las personas de la pobreza (Kotliarenko et al., 1992) y da cuenta de las posibilidades que éste abre para la superación.



Armando Waak/OPS

El concepto de resiliencia

El vocablo *resiliencia* tiene su origen en el idioma latín², en el término *resilio* que significa volver atrás, volver de un salto, resaltar, rebotar³. El término fue adaptado a las ciencias sociales para caracterizar aquellas personas que, a pesar de nacer y vivir en situaciones de alto riesgo, se desarrollan psicológicamente sanos y exitosos (Rutter, 1993).

A continuación, se exponen algunas de las definiciones que, desde este campo, han desarrollado diversos autores en torno a este concepto:

- Habilidad para surgir de la adversidad, adaptarse, recuperarse y acceder a una vida significativa y productiva. (ICCB,1994)
- Historia de adaptaciones exitosas en el individuo que se ha visto expuesto a factores biológicos de riesgo o eventos de vida estresantes; además, implica la expectativa de continuar con una baja susceptibilidad a futuros estresores (Luthar y Zingler, 1991; Masten y Garnezy, 1985; Werner y Smith, 1982 en Werner y Smith, 1992).
- Enfrentamiento efectivo ante eventos y circunstancias de la vida severamente estresantes y acumulativos (Lösel, Blieneser y Köferl en Brambing et al., 1989).
- Capacidad humana universal para hacer frente a las adversidades de la vida, superarlas o incluso ser transformado por ellas. La resiliencia es parte del proceso evolutivo y

2 Diccionario Básico Latín-Español/Español-Latín. Barcelona, 1982.

3 En la Enciclopedia Hispánica se define resiliencia como la *resistencia de un cuerpo a la rotura por golpe. La fragilidad de un cuerpo decrece al aumentar la resiliencia*. En español y francés resiliencia se emplea en el campo de la ingeniería civil únicamente para describir la capacidad de un material de recobrar su forma original después de someterse a una presión deformadora. La definición en el idioma inglés del concepto resilience es la tendencia a volver a un estado original o el tener poder de recuperación [to rebound / recoil / to spring back]. En Norteamérica se define como la propiedad que tiene una pieza mecánica para doblarse bajo una carga y volver a su posición original cuando ésta ya no actúa (Enciclopedia Salvat de la Ciencia y de la Tecnología, 1964).

debe ser promovido desde la niñez (Grotberg, 1995).

- La resiliencia distingue dos componentes: la resistencia frente a la destrucción, esto es, la capacidad de proteger la propia integridad bajo presión; por otra parte, más allá de la resistencia, la capacidad para construir un conductismo vital positivo pese a circunstancias difíciles (Vanistendael, 1994). Según este autor, el concepto incluye además, la capacidad de una persona o sistema social de enfrentar adecuadamente las dificultades, de una forma socialmente aceptable.
- La resiliencia se ha caracterizado como un conjunto de procesos sociales e intrapsíquicos que posibilitan tener una vida *sana*, viviendo en un medio *insano*. Estos procesos tendrían lugar a través del tiempo, dando afortunadas combinaciones entre atributos del niño y su ambiente familiar, social y cultural. De este modo, la resiliencia no puede ser pensada como un atributo con que los niños nacen, ni que los niños adquieren durante su desarrollo, sino que se trataría de un proceso interactivo (Rutter, 1992) entre éstos y su medio.
- La resiliencia habla de una combinación de factores que permiten a un niño, a un ser humano, afrontar y superar los problemas y adversidades de la vida (Suárez, 1995).
- Concepto genérico que se refiere a una amplia gama de factores de riesgo y los resultados de competencia. Puede ser producto de una conjunción entre los factores ambientales, como el temperamento y un tipo de habilidad cognitiva que tienen los niños cuando son muy pequeños (Osborn, 1993).
- Milgran y Palti (1993) definen a los niños resilientes como aquellos que se enfrentan bien [cope well] a pesar de los estresores ambientales a los que se ven sometidos en los años más formativos de su vida.

Conceptos relacionados con la resiliencia

Distinción entre los conceptos de resiliencia e invulnerabilidad

Durante la década del 70 ganó popularidad el concepto de niño *invulnerable*, con el que se aludía a algunos niños que parecían constitucionalmente tan fuertes, que no cedían frente a las presiones del estrés y la adversidad. No obstante, este concepto resultaba confuso y, según lo afirma Rutter (1985), equivocado por al menos tres razones: la resistencia al estrés es rela-

tiva, no absoluta, en tanto no es estable en el tiempo y varía de acuerdo a la etapa del desarrollo de los niños y de la calidad del estímulo. Las raíces de la resistencia provienen tanto del ambiente como de lo constitucional, el grado de resistencia no es estable, sino que varía a lo largo del tiempo y de acuerdo a las circunstancias. Por estos motivos, en la actualidad se utiliza preferentemente el concepto de resiliencia.

Si bien, en las primeras publicaciones alusivas a la resiliencia, se tendió a utilizar éste concepto como equivalente al de invulnerabilidad, más tardíamente se han establecido claras distinciones entre ambos, quedando el concepto invulnerabilidad más bien en el campo de la psicopatología.

Imprescindible resulta también, en este plano, conocer el significado del vocablo vulnerabilidad, en tanto ésta es una característica básica para la gestación de los comportamientos resilientes; este concepto será discutido más adelante.

El concepto de competencia

De acuerdo a Luthar (1993), es frecuente que los estudios sobre resiliencia se focalicen en la capacidad de competencia social, bajo el supuesto de que ésta refleja buenas habilidades de enfrentamiento subyacentes. Sin embargo, estudios recientes muestran personas que, si bien se comportan en forma competente en situaciones de alto riesgo, pueden a la vez ser vulnerables frente a problemas físicos o mentales (Werner y Smith, 1982, 1992, en Luthar, 1993). Ejemplo de ello, son los estudios de Radke-Yarrow y Sherman (1990) que dan cuenta de un grupo de niños y niñas que junto con presentar alta vulnerabilidad al estrés, mostraban un enfrentamiento positivo.

De acuerdo a Sameroff y Seifer (1990), los modelos conceptuales que están a la base de la competencia intentan, a diferencia de aquellos basados en la enfermedad, explicar la naturaleza y las causas de los desarrollos exitosos [successful developmental outcomes]. Estos autores señalan que, los modelos conceptuales utilizados tienden a ser de naturaleza conductual [behavioral], a la vez que, enfatizan escasamente en los procesos biológicos subyacentes. El enfoque que señalan estos autores, está cobrando cada vez mayor interés, particularmente en las investigaciones que estudian los procesos que están a la base del desarrollo; por ejemplo, en las áreas en las que se trabaja en torno a la capacidad de resolución de problemas (Masten et al., 1978 en Sameroff y Seifer, 1990).

El aspecto recién mencionado resulta de especial interés, en tanto muestra que los estudios

que se basan en el modelo de la competencia están bien articulados, dado que analizan cuáles son las características que identifican las influencias recíprocas que ocurren entre los sistemas sociales e individuales, que son las que promueven un desarrollo adecuado en los niños y niñas.

Utilizando este modelo de análisis es posible identificar múltiples dominios de funcionamiento competente en cada uno de los niños [within individual children]. Esta multiplicidad de dominios es la que posibilita explicar las diferencias individuales que se observan a nivel de los patrones de competencia. Asimismo, han podido captar tipos de interacciones que se producen entre padres e hijos, como también el contexto en el cual éstas se manifiestan.

Una forma diferente de aproximación para buscar una explicación a la competencia, consiste en intentar encontrar factores específicos que darían cuenta del desarrollo exitoso de personas en las cuales se predecían resultados deficientes, como consecuencia de estar sometidos a situaciones de alto riesgo. Autores como Garmezy (1990), han utilizado el enfoque recién descrito, y basándose en él han estudiado los temas de resistencia al estrés, invulnerabilidad y resiliencia.

El concepto de robustez [hardiness]

El concepto de robustez, que según Levav (1995) podría ser considerado afín al de resiliencia, ha sido definido como una característica de la personalidad que en algunas personas actúa como reforzadora de la resistencia al estrés. La robustez ha sido definida como una combinación de rasgos personales que tienen carácter adaptativo, y que incluyen el sentido del compromiso, del desafío y la oportunidad, y que se manifestarían en ocasiones difíciles. Incluye además la sensación que tienen algunas personas de ser capaz de ejercer control sobre las propias circunstancias. Kobasa (1979; en Roth, 1989), describe evidencias respecto de personas que han mostrado escasos síntomas de enfermedad, pese a haber estado sometidas a situaciones provocadoras de estrés. Señala que éstas muestran mayor cantidad de comportamientos comprometidos, mayor capacidad de control interno y de desafío, al ser comparados con sus pares que se estresan con frecuencia y que se enferman, como consecuencia de ello, más repetidamente.

Otros autores, en este mismo ámbito, señalan que las mediciones que se han llevado a cabo para evaluar la capacidad de robustez de las personas, se han centrado en estudiar la ausencia de síntomas de desadaptación psicológica, más que en analizar características de personalidad positivas (Houston, 1987). Este último autor señala que, la robustez puede no tener

un impacto directo sobre la salud, sino que éste puede ser más bien indirecto afectando primeramente las prácticas de vida, siendo éstas últimas las que afectarían a su vez la salud en sentido positivo.

En esta misma dirección, Kobasa et al. (1982, en Roth et al., 1989) señalan que, la capacidad de robustez de las personas tiene una influencia importante en la interpretación subjetiva que éstas dan a los acontecimientos de su vida.

Finalmente, Contrada (1989) sostiene que las diferencias individuales que se observan en la capacidad de reacción a estímulos o situaciones estresantes son significativas, y que éstas son una demostración de las influencias que ejercen los factores constitucionales tanto como los ambientales y la interacción entre estos factores.



Armando Waak/OPS

Procesos de vulnerabilidad y protección

Los conceptos de vulnerabilidad y mecanismo protector han sido definidos (Rutter, 1990), como la capacidad de modificar las respuestas que tienen las personas frente a las situaciones de riesgo. El concepto de vulnerabilidad da cuenta, de alguna forma, de una intensificación de la reacción frente a estímulos que en circunstancias normales conduce a una desadaptación. Lo contrario ocurre en las circunstancias en las cuales actúa un factor de atenuación el que es considerado como mecanismo protector. De esto se desprende que vulnerabilidad y mecanismo protector, más que conceptos diferentes constituyen el polo negativo o positivo de uno mismo. Lo esencial de ambos conceptos, es que son sólo evidentes en combinación con alguna variable de riesgo.

Vulnerabilidad

Reichters y Weintraub (1990) consideran importante distinguir entre lo que ellos denominan desadaptación y el concepto de vulnerabilidad. Argumentan que, un comportamiento desadaptado en edades tempranas no es sinónimo de ser vulnerable a algún desorden, sea éste adquirido o heredado. Esta observación la hacen sosteniendo que la mayor parte de las consideraciones respecto de la desadaptación que tienen ciertos comportamientos infantiles, se basan en evaluaciones de los padres, profesores, pares y/o entrevistadores. Es así como, los niños y niñas que se desvían de alguna forma del comportamiento promedio que muestra su grupo de referencia, son considerados desadaptados. Los comportamientos que presentan pueden de hecho aparecer como desadaptados, sin embargo, este desajuste puede resultar adaptativo a las características de su familia en un momento determinado. Estos mecanismos de adaptación se manifiestan especialmente en hijos de padres esquizofrénicos.

De acuerdo a Radke-Yarrow y Sherman (1990), al revisar el concepto teórico de vulnera-

bilidad quedan, dos aspectos a precisar. Uno de éstos es la necesidad de hacer distinciones al interior de este concepto. Es así como, una alternativa es entender vulnerabilidad como un fenómeno perceptible en el cual un cierto nivel de estrés, resulta en conductas desadaptativas. Por otra parte, el concepto de vulnerabilidad alude a una dimensión continua del comportamiento que se mueve desde una adaptación más exitosa al estrés, a una menos exitosa.

El segundo aspecto a precisar, tiene que ver con el significado de los conceptos de riesgo y de factores protectores. Las autoras se preguntan si estos conceptos deben ser considerados universales, o si más bien están ligados a las características de las personas. Esto dice relación con el hecho de que el significado que cobra para distintas personas un determinado acontecimiento estresor, es dependiente de las capacidades cognitivas y emocionales de cada una de ellas. Quizás, sostienen las autoras, sea necesario considerar las características de las personas para lograr una adecuada comprensión de los factores y/o procesos que ya sea las protegen o bien aumentan su vulnerabilidad.

Es importante destacar que Rutter (1990) señala que, una misma variable puede actuar bajo distintas circunstancias, tanto en calidad de factor de riesgo como de protector. Es así como, por ejemplo, para un adulto el hecho de perder el trabajo puede dar lugar a una depresión, y sin embargo el hecho de estar desempleado por un tiempo prolongado, puede actuar como factor de protección en relación a otros acontecimientos vitales amenazantes.

Factores protectores

El concepto de factor protector alude a las *...influencias que modifican, mejoran o alteran la respuesta de una persona a algún peligro que predispone a un resultado no adaptativo* (Rutter, 1985). Sin embargo, esto no significa en absoluto que ellos tengan que constituir experiencias positivas o benéficas, con respecto a las que difieren en tres aspectos cruciales (Rutter, 1985):

- Un factor protector puede no constituir un suceso agradable, como se ha hecho evidente en varios estudios sobre experiencias tempranas de estrés en animales, y su asociación a la resistencia a experiencias posteriores del mismo tipo (Hennesy & Levine, 1979; Hunt, 1979; en Rutter, 1985). En ciertas circunstancias, por lo tanto, los eventos displacenteros y potencialmente peligrosos pueden fortalecer a los individuos frente a eventos similares. Por supuesto, en otras circunstancias puede darse el efecto contrario; es decir que, los eventos estresantes actúen como factores de riesgo, sensibilizando frente a futuras experiencias de estrés.

-
- Los factores protectores, a diferencia de las experiencias positivas, incluyen un componente de interacción. Las experiencias positivas actúan en general de manera directa, predisponiendo a un resultado adaptativo. Los factores protectores, por su parte, manifiestan sus efectos ante la presencia posterior de algún estresor, modificando la respuesta del sujeto en un sentido comparativamente más adaptativo que el esperable. Este proceso ha sido observado, por ejemplo, en el efecto que han tenido varios programas preventivos de preparación de los niños y sus familias para enfrentar los eventos de hospitalización de los primeros, disminuyendo significativamente las tasas de perturbación emocional en el hospital (Wolkind & Rutter, 1985; en Rutter, 1985).
 - Un factor protector puede no constituir una experiencia en absoluto, sino una cualidad o característica individual de la persona. Las niñas, por ejemplo, parecen menos vulnerables que los niños ante diferentes riesgos psicosociales (Rutter, 1970; 1982; en Rutter, 1985).

En resumen, la diferencia crucial entre los procesos de vulnerabilidad/protección, por una parte, y las experiencias positivas y los factores de riesgo, por otra, es que éstos últimos llevan directamente hacia un desorden (leve o severo) o beneficio, mientras que los primeros operan indirectamente y tienen efectos sólo en virtud de su interacción con la variable de riesgo.

El concepto de mecanismo en los procesos de vulnerabilidad/protección

Rutter (1990) señala que es importante identificar los factores de riesgo y protección en tanto éstos permiten predecir resultados negativos o positivos en el proceso de desarrollo del niño. Ello, en tanto es probable que jueguen roles claves en el proceso involucrado en las respuestas de las personas a las situaciones de riesgo. Afirma que, estos conceptos tendrían un valor limitado como medio de encontrar nuevas aproximaciones a las estrategias de prevención. Además, es necesario hacer notar, tal como se menciona más adelante, que muchas y muy diversas variables pueden constituir un factor de protección en una situación, y como factor de vulnerabilidad o riesgo en otra (Rutter, 1990). Por estas razones, este autor indica que la búsqueda debería dirigirse, antes que hacia factores o variables asociadas con los procesos de vulnerabilidad y protección, a los mecanismos situacionales y del desarrollo que den cuenta del modo en que éstos procesos operan.

Rutter (1990) afirma que, tanto la vulnerabilidad como la protección son procesos interactivos. Ambos, más que ser atributos permanentes o experiencias, son procesos que se relacionan con momentos claves en la vida de una persona. Resulta de mayor precisión utilizar el término de mecanismo protector cuando una trayectoria que era previamente de riesgo, gira en dirección positiva y con una mayor probabilidad de resultado adaptativo. De igual modo, un proceso será considerado de vulnerabilidad cuando una trayectoria previamente adaptativa se transforma en negativa. Por estos motivos no es suficiente afirmar que, por ejemplo, el logro escolar o la autoeficacia son protectores (aunque lo son); debemos preguntarnos cómo estas cualidades se desarrollaron y cómo cambiaron la trayectoria de vida y de allí concluir que son de hecho positivos. Es preferible referirse más a procesos protectores que a ausencia de vulnerabilidad, en aquellas situaciones en que los mecanismos involucrados en la protección parecen ser distintos a aquellos involucrados en los mecanismos de riesgo (Rutter, 1990).

Por su parte, Reicherts y Weintraub (1990) consideran que los mecanismos protectores son tanto los recursos ambientales que están disponibles para las personas, como las fuerzas que éstas tienen para adaptarse a un contexto. Además, son característicos de los niños y niñas que son tanto considerados de alto riesgo como que no muestran signos tempranos de desviación, en términos de salud mental.

Según Werner (1993) los factores protectores operarían a través de tres mecanismos diferentes:

- **Modelo compensatorio:** los factores estresantes y los atributos individuales se combinan aditivamente en la predicción de una consecuencia, y el estrés severo puede ser contrarrestado por cualidades personales o por fuentes de apoyo.
- **Modelo del desafío:** el estrés es tratado como un potencial estimulador de competencia (cuando no es excesivo). Estrés y competencia tendrían una relación curvilínea.
- **Modelo de inmunidad:** hay una relación condicional entre estresores y factores protectores. Tales factores modulan el impacto del estrés en calidad de adaptación, pero pueden tener efectos no detectables en ausencia del estresor.

Los factores distales y proximales

Algunos autores (Bradley et al., 1994; Scarr, 1985) han puesto énfasis en la importancia que tiene al trabajar en pobreza, o bien en otras situaciones que han sido descritas como adversas, el distinguir entre variables de riesgo distales, que no afectan directamente al sujeto, pero

que actúan a través de mediadores, y las variables de riesgo proximales que interactúan directamente con el sujeto. De acuerdo a Baldwin et al. (1992), los términos *distal* y *proximal* deberían entenderse como los extremos de un continuo en el que, por ejemplo, algunas variables distales son más propiamente distales que otras. Así, existiría una cadena causal que comienza con la variable distal (p.e., pobreza), actuando a través de sus consecuencias sobre las variables mediadoras (p.e., ansiedad maternal), para afectar al niño a través de una o más variables proximales (p.e., irritabilidad de la madre).

Los autores recién mencionados señalan que los factores distales, que han sido denominados macrosociales por autores como Bronfenbrenner (1979b), no afectarían directamente al niño (Baldwin, Baldwin & Cole, 1992), pero tendrían un efecto sobre algunos de los procesos o comportamientos que ocurren a nivel proximal. La importancia que adquiere el destacar este punto en este trabajo, radica en el hecho de que un proceso de intervención puede tener como objetivo viable la modificación o el refuerzo de algunas las variables proximales, puede ser esto a través de los mediadores, pudiéndose alcanzar a este nivel resultados positivos. No ocurre lo mismo con los factores distales, quedando éstos más bien en manos de las decisiones políticas de tipo macrosocial, y no sujetos a intervenciones psicosociales específicas.

Del mismo modo, es relevante subrayar el hecho de que las variables proximales asociadas a un resultado exitoso en un ambiente distal de alto riesgo pueden no ser las mismas que las asociadas al éxito en ambientes de bajo riesgo, puesto que ambos ambientes constituyen un contexto distinto para el operar de las familias. Al respecto se ha observado que, por ejemplo, la competencia cognitiva de niños de familias en ambientes de alto riesgo se asociaría a políticas de crianza más restrictivas y autoritarias, que aquellas observadas en familias pertenecientes a ambientes de bajo riesgo con niños cognitivamente competentes (Baldwin, Baldwin & Cole, 1992). Esta situación obedecería a la presencia de riesgos y tentaciones reales que enfrentan los niños de familias en ambientes de alto riesgo, frente a lo cual estas familias actuarían de un modo más restrictivo como una estrategia de protección. Por este motivo, como afirman Baldwin et al. (1992),

Las políticas familiares que protegerán a un niño de los elementos nocivos en un ambiente de alto riesgo pueden limitar innecesariamente las oportunidades de un niño en un ambiente de bajo riesgo. Del mismo modo, incentivar lo que sería una autoconfianza razonable para un niño en un ambiente de bajo riesgo podría abrumar las capacidades de adaptación de un niño en un ambiente de alto riesgo. Para comprender realmente los procesos familiares es esencial

reconocer la naturaleza del ambiente. Si vamos a recomendar estrategias parentales para las familias en ambientes de alto riesgo, debemos seleccionar aquellas que operarán exitosamente en un ambiente de alto riesgo.

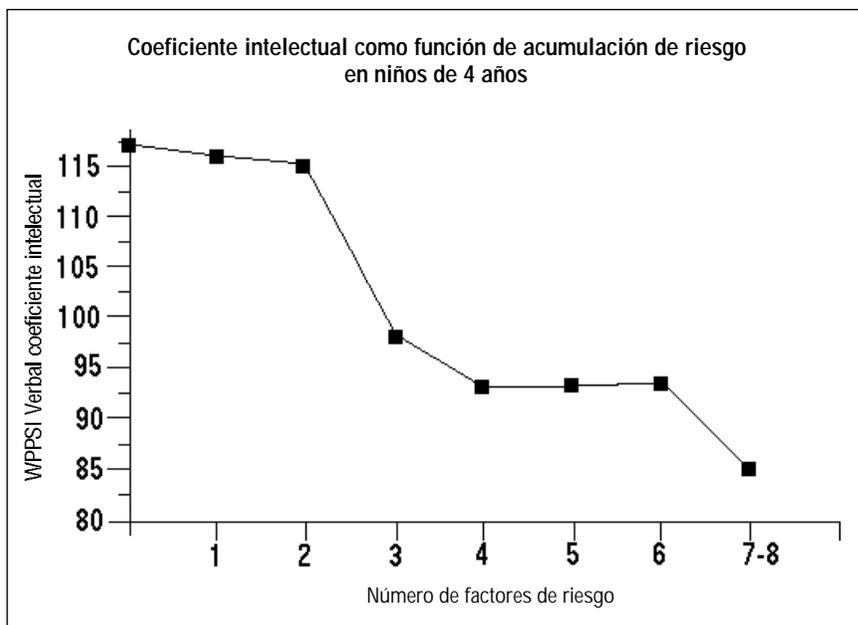
Desde una perspectiva distinta, Garbarino (1995) sostiene que el riesgo que implica la situación de pobreza no está dada por la presencia de los factores de riesgo, ni por la calidad de éstos, sino que es producto de la acumulación de factores de este tipo. Por otra parte, este autor no sólo no hace mención a la distinción entre factores distales y proximales, sino que los considera equivalentes.

Importante, resulta revisar el tipo de variables que para este autor pueden, si ocurren simultánea y acumulativamente, constituir riesgo. En una de sus publicaciones, Garbarino (1995) sostiene que es posible visualizar, a través de la baja competencia intelectual que alcanza la mayoría de los niños de la pobreza, el efecto deprivador de ésta. A través del gráfico, se muestra como la disminución en el coeficiente intelectual de los niños es producto de la actuación simultánea de más de un factor de riesgo.

Mecanismos mediadores en los procesos de riesgo y protección

De acuerdo con lo anteriormente señalado, las variables distales están ligadas a los resultados sólo probabilísticamente posibles, y no a través de una relación causal directa (Baldwin, Baldwin & Cole, 1992). Por esta misma razón, el nexo entre una variable distal y su consecuencia no es inevitable. Así, se abre la posibilidad de que niños pertenecientes a grupos considerados de alto riesgo psicosocial, presenten un desarrollo positivo. En efecto, si los factores mediadores son más favorables de lo esperado en consideración con las variables distales, el ambiente proximal en el que se encuentra el niño puede resultar de menor riesgo que lo sugerido por tales variables (Baldwin, Baldwin & Cole, 1992)

Respecto de este punto, Luthar (1993) señala que es importante hacer algunas precisiones, previo a considerar el rol que asumen los factores protectores. Esto último apunta al hecho de que muchos de los niños considerados resilientes podrían ser simplemente aquellos que han enfrentado menos influencias negativas. Puesto que la familia (mediadora) controla muchas de las variables que interactúan en forma directa con la vida del niño, puede darse la situación de que el ambiente familiar sea favorable a pesar de encontrarse inserto en un ambiente distal de alto riesgo (Baldwin, Baldwin & Cole, 1992). En estos casos, según Baldwin et al. (1992) serían las familias, más que los niños, las resistentes al estrés.



Rutter (1990), sostiene que la resiliencia alude a las diferencias individuales que muestran tener las personas entre sí, al estar enfrentadas a situaciones de riesgo. Es así como, las experiencias que provoca una misma variable proximal, pueden ser percibidas de forma muy diferente por distintas personas. Para ejemplificar esto, Luthar (1993) se refiere al hecho de que un estilo parental autoritario puede constituir en algunas familias una variable proximal de alto riesgo y, en otras, puede no serlo. En consecuencia, para que el concepto de resiliencia tenga sentido, debe referirse a las respuestas que muestran tener las personas enfrentadas a una cierta dosis de riesgo. No se trata, por lo tanto, de que las personas hayan estado sometidas a una dosis menor de riesgo (Rutter, 1990).

Respecto de este punto, Richters y Weintraub (1990), destacan la necesidad de diferenciar, entre lo que denominan riesgo estadístico y vulnerabilidad. A modo de ejemplo, ellos señalan que aún cuando las cifras estadísticas indiquen que entre el 10% y 15% de los hijos de padres esquizofrénicos desarrollan esquizofrenia, esta cifra nada indica respecto de los riesgos que una situación de este tipo implica para los hijos.

Tan importante como lo anterior, resulta según Luthar (1993), el reconocer que no es posible identificar con exactitud los factores proximales que afectan un determinado resultado, o demostrar concluyentemente las variables que constituyen factores de riesgo.

Rutter (1990), da cuenta de diversos mecanismos de mediación entre variables, que actuarían como predictores en los procesos protectores. A través de un efecto *catalizador* indirecto de una variable sobre otra, se modificarían los resultados de la interacción de la última con un factor de riesgo. Este autor destaca cuatro de ellos:

- Los que reducen el impacto del riesgo, a través de dos maneras: alterando el significado que éste tiene para el niño, o modificando su participación en la situación de riesgo. En el primer caso, es posible modificar el proceso cognitivo, y por lo tanto, la apreciación que una persona tiene de determinada situación de riesgo mediante, por ejemplo, la *inoculación* contra el evento estresante provista por la exposición controlada a él en circunstancias que faciliten una adaptación exitosa, por ejemplo, en el caso de la hospitalización de un niño. Por otra parte, es posible disminuir el involucramiento o la exposición al riesgo, por ejemplo, supervisando a los niños de modo de evitar que participen en tales situaciones y/o entregándoles retroalimentación acerca de cómo ellos están manejando la situación.
- Los que reducen la probabilidad de las reacciones negativas en cadena, es decir, aquellas que se dan luego de haber estado expuesto a la situación de riesgo y que perpetúan los efectos del mismo.
- Los que promueven el establecimiento y mantención de la autoestima y autoeficacia. De éstos, las experiencias más relevantes son las relaciones afectivas seguras y armónicas, y el éxito en tareas que son importantes para la persona.
- Las experiencias o momentos claves en la vida de una persona, que son capaces de crear oportunidades de desarrollo adaptativo, y que marcan continuidad en la trayectoria vital del individuo.

De acuerdo a Fergusson y Lynskey (1996), los resultados de sus investigaciones sobre adolescentes, mostraron que hay algunos factores que distinguen entre el grupo que se comporta en forma resiliente de aquél que no lo hace. Así, indican que en la etapa adolescente la diferencia entre ambos grupos, radica en que, aquellos que han estado menos expuesto a los ocho años, a la adversidad familiar, rendían a un mejor nivel intelectual, mostraban menor cantidad de relaciones con pares que hubiese realizado actos delictivos y, según las entrevistas, con menor frecuencia buscaban participar en actos novedosos que podían implicar algún tipo de riesgo a los 16 años de edad.

La pobreza como situación de deprivación y estrés

La pobreza ha sido descrita como una condición especialmente generadora de dolor y estrés. Diversos autores la sitúan en la misma línea que el vivir con padres que presentan patologías mentales severas como la esquizofrenia, o bien con padres que sufran de otros cuadros de alteraciones psicopatológicas (Fonagy et al., 1994). Otros autores (Sameroff y Seifer, 1990), señalan que la pobreza, o bien el pertenecer a grupos minoritarios, significa estar expuesto a situaciones que provocan un mayor deterioro que el hecho de ser criado por una madre con alteraciones psicopatológicas graves. Agregan que la situación que genera un mayor daño, es aquella en la cual están presentes tanto la pobreza como la patología mental.

Los niños pobres y sus familias están expuestos, a menudo, a condiciones precarias que atentan contra la salud mental y física. Como es, por ejemplo, el hecho de que estas personas frecuentemente deben habitar en lugares de alta densidad poblacional, lejos de los centros urbanos y de mayor contaminación ambiental, dada la falta de lugares adecuados donde depositar la basura, y la escasez de áreas verdes. Además, el vivir en lugares húmedos y sucios, el hacinamiento, la falta de espacio, la preocupación de que los niños jueguen en lugares inseguros, el riesgo de salir de noche, con calles mal iluminadas y la irregularidad del transporte público. Lo mencionado señala Blackburn (1991), deriva en conductas de aislamiento, incertidumbre y sensación de vulnerabilidad.

De acuerdo a Blackburn (1991), para muchas de las familias que viven en condiciones de pobreza, los sentimientos de culpa y la preocupación son vivencias cotidianas. La dificultad para satisfacer las necesidades básicas gatilla en los padres estos sentimientos, al verse fracasados en su rol de proveedor(a) y/o administrador(a). Es frecuente que deban trabajar horas extraordinarias para aumentar sus ingresos o tener dos jornadas, como es el caso de las mujeres que trabajan fuera del hogar.

Esta condición puede afectar la estabilidad y buen desarrollo de las relaciones familiares. Algunos autores señalan que, en muchas ocasiones, las reacciones de los padres que viven en

pobreza, condicionan en forma importante la calidad de vida de sus hijos. Si estas reacciones son punitivas, las relaciones padre-hijo se deterioran aumentando la probabilidad de que los niños desarrollen problemas socioemocionales, síntomas psicossomáticos; además, de reducir sus aspiraciones y expectativas (McLoyd, 1989, en Garrett et al., 1994).

De acuerdo a Fergusson et al. (1994), existe creciente evidencia en torno a la asociación que se presenta entre problemas conductuales y de salud mental en la adolescencia y las características de la infancia, la familia y el estilo parental. A su vez, señalan, se ha podido observar que los niños que están en mayor situación de riesgo son aquellos que se ven enfrentados a una acumulación de circunstancias adversas, tales como dificultades económicas, situación de pobreza, enfermedad mental de alguno de los padres, prácticas de crianza inconducentes a su desarrollo, o bien, abuso y conflictos familiares.

En este mismo estudio, los autores mencionados constataron que aquellos niños y niñas que se encontraban dentro del 5% más pobre de la población, tenían una probabilidad cien veces mayor de llegar a ser adolescentes con problemas múltiples, al ser comparados con los que se ubicaban en el 50% más aventajado del grupo.

Sameroff et al. (1987 en Bradley et al., 1994), han mostrado evidencias empíricas en la dirección de que el nivel socioeconómico bajo, va acompañado frecuentemente con una proliferación de riesgos en los planos psicológico y social. Agregan que, es la acumulación de estos factores la que produce morbilidad en una variedad de dominios.

De acuerdo a Bradley et al. (1994), los niños pequeños son particularmente susceptibles a los efectos adversos de la pobreza y por tanto, están más expuestos a la combinación de factores de riesgo. Esta combinación puede ser efecto de una habilidad restringida de parte del sistema nervioso para protegerse tanto de abusos tóxicos [toxic insults], como de la desnutrición, además de un limitado repertorio de habilidades para obtener recursos y servicios, falta de confianza en el medio y en aquello que éste puede ofrecer de forma de satisfacer las necesidades propias, la supresión de un sentido de autoeficacia, o bien, otras combinaciones que se puedan producir a partir de lo mencionado. Los autores comentan que, tanto el estrés crónico como un contexto material y psicológico empobrecido que con frecuencia caracteriza los ambientes de pobreza, se combinan sinérgicamente en una forma tal que resulta perjudicial para los menores.

La literatura muestra evidencias empíricas respecto de los efectos deterioradores de la pobreza. Conjuntamente con esta afirmación, aparece con recurrencia la pregunta respecto de qué es aquello que caracteriza a las personas que a pesar de la experiencia vivida, muestran competencia funcional en su vida cotidiana, sea temporalmente en su desarrollo o duran-

te todo éste (Garmezy, 1993). Según este autor, el objetivo de los estudios en este plano, radica tanto en la búsqueda de los atributos personales como en los procesos que lo subyacen y que posibilitan una adaptación positiva a la deprivación, así como, a circunstancias amenazadoras.

Tal como se indicaba más adelante, Rutter (1993) señala que, el reconocimiento de que existen diferentes reacciones frente a situaciones equivalentes, como evidencia el hecho de que se observen comportamientos resilientes al interior de grupos en pobreza, se posibilita en tanto la mirada de los estudios descansa más que en las tendencias grupales, en las diferencias individuales que presentan las personas. Es así como, Garmezy (1993) sostiene que la variabilidad que se observa en los comportamientos de los niños que han sido criados en pobreza, como en otras situaciones estresantes (desempleo o divorcio de padres), ha permitido avanzar en los esfuerzos por comprender los factores que afectan su capacidad de adaptación.



Carlos Gaggero

Características psicosociales de los niños y niñas resilientes

Tal como se ha señalado, la resiliencia está relacionada a situaciones específicas y particulares de riesgo, que aparentemente no tienen nada en común entre sí (deprivación económica, divorcio de los padres, desastres nucleares, maltrato, delincuencia o psicopatologías de los padres, institucionalización). Sin embargo, los indicadores de resiliencia que aparecen en los estudios al respecto, muestran que existen aspectos comunes en esta diversidad de situaciones (Fonagy et al., 1994). Estos autores señalan que los niños y niñas resilientes presentaban los siguientes atributos:

- Nivel Socio-económico más alto
- Género femenino en el caso de los prepúberes, y género masculino en etapas posteriores de desarrollo
- Ausencia de déficit orgánico
- Temperamento fácil
- Menor edad al momento del trauma
- Ausencia de separaciones o pérdidas tempranas

Como características del medio social inmediato señalan las siguientes:

- Padres competentes
- Relación cálida con al menos un cuidador primario
- Posibilidad de contar en la adultez con apoyo social del cónyuge, familia u otras figuras
- Mejor red informal de apoyo (vínculos)
- Mejor red formal de apoyo a través de una mejor experiencia educacional y de participar en actividades de instituciones religiosas y de fe

Respecto al funcionamiento psicológico que protege a los niños resilientes del estrés, los autores mencionados señalan:

- Mayor Coeficiente Intelectual y habilidades de resolución de problemas
- Mejores estilos de enfrentamiento [coping]
- Motivación al logro autogestionada [task related self efficacy]
- Autonomía y locus de control interno
- Empatía, conocimiento y manejo adecuado de relaciones interpersonales
- Voluntad y capacidad de planificación
- Sentido del humor positivo

Otros autores (Lösel et al., en Brambring, 1989; Mrasek y Mrasek, en Rutter y Hersov, 1985) agregan a éstas, otras características del funcionamiento psicológico en niños y niñas resilientes:

- Mayor tendencia al acercamiento
- Mayor autoestima
- Menor tendencia a sentimientos de desesperanza
- Mayor autonomía e independencia
- Habilidades de enfrentamiento que, además de otras ya mencionadas, incluyen orientación hacia las tareas, mejor manejo económico, menor tendencia a la evitación de los problemas, a la vez, que menor tendencia al fatalismo

Es importante señalar el rol que Soebstad (1995) asigna al humor en tanto rasgo de personalidad. Este autor destaca la importancia que puede tener la promoción del humor, tanto en la salud física como mental de los niños, especialmente de los niños en edad preescolar. Es así, como señala que medidas de promoción del humor deben ser incorporadas en los establecimientos de educación preescolar, así como en las ceremonias religiosas.

Cabe destacar que Vanistendael (1995) señala la importancia que tiene en el desarrollo de la resiliencia el sentido del humor y advierte que este aspecto ha sido mencionado escasamente en las investigaciones. Afirma que "quien ejerza la difícil virtud de reírse de sí mismo ganará en libertad interior y fuerza". Agrega que un requisito básico para promover comportamientos ligados al humor en términos positivos, es el que los niños vivan experiencias de confianza; así como, la ausencia de un clima propicio amenazaría con la posibilidad de producir un sentido del humor negativo.

Soebstad (1995), plantea que el humor es una disposición innata que puede ser reforzada

[nurtured] desde el medio ambiente. Agrega que algunos autores consideran al humor como una característica permanente de la personalidad. Enfatiza que el humor no es una característica fija de la personalidad, sino que es más bien resultado de un equilibrio que se da entre un comportamiento juguetón y el ambiente, siempre que éste se de unido a la capacidad crítica. Para este autor, el modelo de la resiliencia incorpora aspectos tales como la autoestima, redes sociales, la religión y el humor. Distingue dos momentos en los que el humor puede manifestarse, cuales son el humor creativo, la capacidad de comprender el humor, así como de apreciarlo y, los productos de éste (p.e. los chistes).

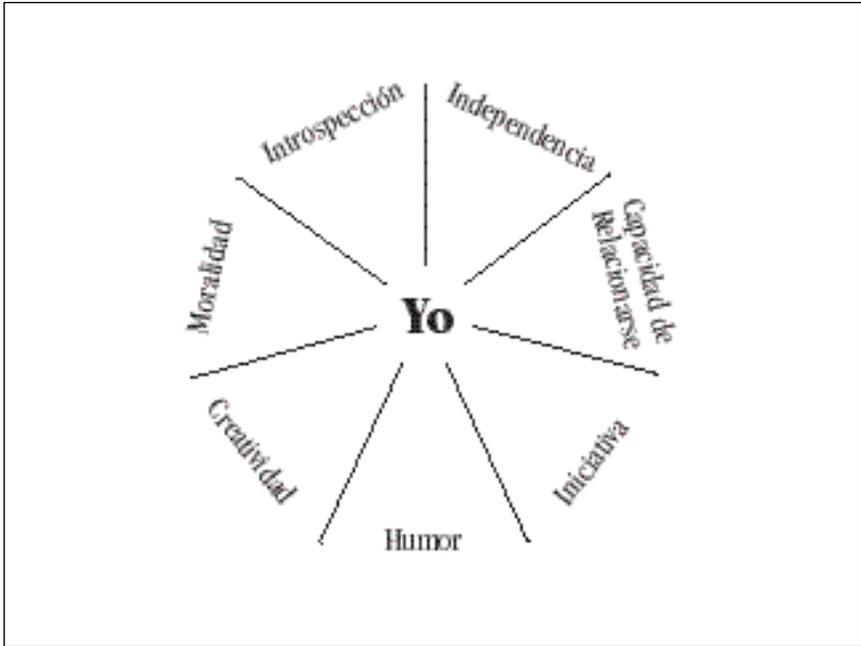
Destaca la escasa importancia que la literatura psicológica ha otorgado a este concepto y da cuenta de algunos de las publicaciones respecto de esta tema. Entre otras referencias, comenta la de Wolfstein (1954, en Soebstad, 1995), quien en una de sus publicaciones de orientación psicoanalítica, da cuenta de como los niños utilizan el humor para enfrentar el estrés, la ansiedad y la culpa, entre otras experiencias.

Otra de las referencias bibliográficas a las que se remite el autor mencionado, es la de Masten (1982, en Soebstad, 1995); esta autora destaca la importancia que tiene el humor en términos del enfrentamiento a la adversidad. Además, da cuenta de la referencia que Carroll y Shmidt (1992, en Soebstad, 1995), hacen respecto del humor. Éstos indican que aquellas personas que utilizan el humor como estrategia de enfrentamiento [coping] dicen tener menor cantidad de problemas de salud que aquellas que no lo utilizan.

Dubow y Tisack (1989, en Milgran y Palti, 1993) señalan que, tanto el apoyo social como la habilidad para resolver problemas sociales, mejoran el funcionamiento de los niños, desdibujando los efectos detrimentales que tienen las formas de vida estresantes. Estos autores sostienen que el apoyo social actúa como un "recurso ambiental", entregado por otras personas; mientras que la capacidad de resolución de problemas es un "recurso personal", activado por los niños y niñas.

Milgram (1989, en Milgram y Palti, 1993) sostiene que las personas que enfrentan exitosamente diversas fuentes de estrés en la vida, son aquellas que son activas frente a estas situaciones. Cuando los "recursos ambientales" no son suficientes, estas personas los buscan de forma de suplir sus necesidades.

La visión de estos autores resulta interesante, en tanto sostienen que los niños son más capaces intelectualmente y rinden, en términos generales, mejor en el plano académico; pero que si bien estas características son necesarias, no son suficientes para un desarrollo sano. Esto en tanto agregan que se requieren habilidades para resaltar la capacidad intelectual.



En otro plano, Wolin y Wolin (1993) utilizan el concepto de *mandala de la resiliencia*.⁴ Estos autores señalan algunas características personales de quienes poseen esta fuerza, y proporcionan algunas definiciones para ella:

Introspección [insight]: Es el arte de preguntarse a sí mismo y darse una autorespuesta honesta.

Independencia: Se define como la capacidad de establecer límites entre uno mismo y los ambientes adversos; alude a la capacidad de mantener distancia emocional y física, sin llegar a aislarse.

La capacidad de relacionarse: La habilidad para establecer lazos íntimos y satisfactorios con otras personas para balancear la propia necesidad de simpatía y aptitud para brindarse a otros.

⁴ El término *mandala* significa paz y orden interno, y es una expresión empleada por los indios navajos del suroeste de los Estados Unidos, para designar a la fuerza interna que hace que el individuo enfermo encuentre su resistencia interna para sobreponerse a la enfermedad (Suárez, 1995).

<i>Iniciativa:</i>	El placer de exigirse y ponerse a prueba en tareas progresivamente más exigentes. Se refiere a la capacidad de hacerse cargo de los problemas y de ejercer control sobre ellos.
<i>Humor:</i>	Alude a la capacidad de encontrar lo cómico en la tragedia. Se mezcla el absurdo y el horror en lo risible de esta combinación.
<i>Creatividad:</i>	La capacidad de crear orden, belleza y finalidad a partir del caos y el desorden. En la infancia se expresa en la creación y los juegos, que son las vías para revertir la soledad, el miedo, la rabia y la desesperanza.
<i>Moralidad:</i>	Actividad de una conciencia informada, es el deseo de una vida personal satisfactoria, amplia y con riqueza interior. Se refiere a la conciencia moral, a la capacidad de comprometerse con valores y de discriminar entre lo bueno y lo malo.



Armando Waak/OPS

Factores que promueven la resiliencia

Una serie de estudios conducidos por Werner (1982,1989) y Garmezy (1993), han dado cuenta de algunos de los factores que se observan comúnmente en los niños que, estando expuestos a situaciones adversas, se comportan en forma resiliente. De acuerdo a estos autores, se distinguen cuatro aspectos que se repiten en forma recurrente, siendo éstos últimos los que ayudan a promover los comportamientos resilientes. Uno de estos aspectos, apunta a las características del temperamento, en las cuales se observan manifestaciones tales como un adecuado nivel de actividad, capacidad reflexiva y responsividad frente a otras personas.

El segundo aspecto al que se refieren los autores mencionados es la capacidad intelectual y la forma en que ésta es utilizada.

El tercer aspecto, se refiere a la naturaleza de la familia, respecto de atributos tales como su cohesión, la ternura y preocupación por el bienestar de los niños.

El cuarto aspecto, apunta a la disponibilidad de fuentes de apoyo externo, tales como contar con un profesor, un padre/ madre sustituta, o bien, instituciones tales como la escuela, agencias sociales o la iglesia, entre otros.

Fergusson y Lynskey (1996) dan cuenta de una serie de factores que actúan en calidad de protectores, y por tanto pueden proteger o mitigar los efectos de la privación temprana, promoviendo a su vez los comportamientos resilientes en niños que viven en ambientes considerados de alto riesgo. Entre estos factores se encuentran:

- Inteligencia y habilidad de resolución de problemas. Se ha observado que los adolescentes resilientes presentan una mayor inteligencia y habilidad de resolución de problemas que los no resilientes. Según los autores, esto significa que una condición necesaria aunque no suficiente para la resiliencia, es poseer una capacidad intelectual igual o superior al promedio.

-
- Género. El pertenecer al género femenino es considerado como una variable protectora, según lo indican estudios que han observado una mayor vulnerabilidad al riesgo en los hombres, por mecanismos que se exponen más adelante.
 - Desarrollo de intereses y vínculos afectivos externos. La presencia de intereses y personas significativas fuera de la familia, favorece la manifestación de comportamientos resilientes en circunstancias familiares adversas.
 - Apego parental. Estudios longitudinales han destacado que la presencia de una relación cálida, nutritiva y apoyadora, aunque no necesariamente presente en todo momento (Greenspan, 1997), con al menos uno de los padres, protege o mitiga los efectos nocivos de vivir en un medio adverso.
 - Temperamento y conducta. Investigaciones con adolescentes han observado que aquellos que actualmente presentaban características resilientes, habían sido catalogados como niños fáciles y de buen temperamento durante su infancia.
 - Relación con pares. Los autores replican lo observado por Werner en el estudio con niños en Kauai, señalando que los niños resilientes se caracterizaron por tener una relación de mejor calidad con sus pares que los niños no resilientes.

Algunas de las variables recién mencionadas por Fergusson y Lynskey (1996) aparecen con anterioridad en investigaciones mencionadas por Rutter (1990). Este último autor también alude al género masculino como una variable que genera una mayor vulnerabilidad al riesgo, y da cuenta de los mecanismos que subyacen a esta característica:

- Los varones estarían más expuestos que las mujeres a experimentar situaciones de riesgo en forma directa;
- En situación de quiebre familiar, los niños tienen más probabilidad que las niñas de ser reubicados en algunas institución;
- Los niños tienden a reaccionar a través de conductas opositoristas con mayor frecuencia que las niñas, lo cual a su vez genera respuestas negativas de parte de los padres;
- En general, las personas tienden a interpretar de modo distinto las conductas agresivas de los niños que las de las niñas y a su vez, a castigar más severamente estos comportamientos en los varones.

Otras variables mencionadas por Rutter (1990) que actuarían también a favor de la vulnerabilidad o de la protección son: el apoyo marital, la capacidad de planificación, las experiencias escolares positivas y los eventos neutralizantes.

En estudios con madres jóvenes, Quinton y Rutter (1984; en Rutter, 1990) observaron que

la presencia de una relación armónica, cálida y de confianza con la pareja, favorecía el que las mujeres criadas en instituciones, fueran capaces de ejercer una buena maternidad. Los mecanismos que, según Rutter, pueden estar a la base son: un efecto sobre la autoestima de la madre, un incremento en la habilidad de resolución de problemas por el hecho de tener a alguien con quien discutir los problemas y un mayor sentido de la responsabilidad.

En el estudio mencionado, otra de las variables que mostró ser predictiva de un desarrollo positivo en la vida de las jóvenes criadas en instituciones, fue la capacidad de elegir pareja y planificar el matrimonio. En aquellas que presentaban estas características, se observó una menor tasa de embarazo adolescente y menos presiones por casarse prematuramente para salir de la casa.

Asociada a esta capacidad se observó, en este mismo grupo, la presencia de experiencias escolares positivas. Probablemente, el mecanismo subyacente a esta variable es una mayor habilidad para controlar lo que a las personas les sucede, con el consecuente aumento de la autoestima y autoeficacia.

Rutter (1990), también postula que la presencia de eventos vitales neutralizantes pueden constituirse en elementos de protección. Estos eventos son experiencias que contrarrestan o neutralizan una situación negativa. Sin embargo, no cualquier experiencia positiva puede actuar como neutralizante, sino sólo aquellas que tienen la característica de disminuir el impacto negativo de una amenaza o dificultad.

La muerte temprana del padre y en especial de la madre, constituye otro factor de vulnerabilidad. Sin embargo, ésta se va a manifestar sólo en asociación con otras variables de riesgo. Esta variable operará creando vulnerabilidad desde que aparece la carencia de un cuidado afectivo en la infancia y una menor autoestima. De acuerdo a otros autores (Lutkenhaus et al., 1985 en Rutter, 1990), a la base de este factor puede estar una mayor tendencia a responder con desesperanza al enfrentar dificultades. Agrega que un vínculo inseguro conlleva una mayor tendencia a darse por vencido bajo presión.

Por otra parte, Baldwin et al. (1992) reportan la importancia que reviste para los hogares que se desenvuelven en ambientes de alto riesgo, la participación en algún grupo religioso. Se sugiere que la iglesia, como grupo de apoyo social, refuerza las políticas parentales de crianza y provee a los niños de influencias con pares que refuerzan los valores familiares, constituyéndose por tanto, en un elemento relevante dentro del desarrollo positivo de estos niños (Baldwin, Baldwin & Cole, 1992).

A su vez, Werner (1993) afirma que las familias de niños resilientes de distintos medios socioeconómicos y étnicos poseen firmes creencias religiosas, las que proporcionan estabili-

dad y sentido a sus vidas, especialmente en tiempos de adversidad. La religión parece darle a los niños resilientes, y a sus cuidadores, un sentido de enraizamiento y coherencia.

En el *International Resilience Project*, Grotberg (1995 b) estudió la presencia de factores resilientes en niños entre la infancia y los doce años. Es decir, en lugar de identificar niños resilientes y conocer las características o factores que los diferencian de sus pares no resilientes, la autora trabajó en base a estos factores con el fin de determinar de qué forma éstos eran promovidos en los niños.

Los factores de resiliencia estudiados fueron identificados a través de informes que se habían realizado con anterioridad respecto de niños y adultos y que daban cuenta de cómo ellos enfrentarían una situación adversa; además de, cómo estas personas enfrentaron una situación reciente de adversidad.

Los resultados señalaron que, ningún factor en particular y por sí solo promovía la resiliencia. A modo de ejemplo, la autoestima que si bien constituye un rasgo de resiliencia, no promueve por sí sola un comportamiento resiliente a menos que estén involucrados además otros factores.

En el estudio realizado por la autora, la inteligencia mostró no ser capaz por sí sola de actuar como mecanismos protectores, a menos que lo hiciera actuando conjuntamente con la presencia de profesores o amigos que alentaran a los niños a examinar maneras alternativas de enfrentar y sobrellevar adversidades, la habilidad de obtener ayuda cuando la necesitara, además de la de identificar y compartir sentimientos de temor, ansiedad, enojo o placer.

La literatura hasta la fecha sostenía que, la capacidad intelectual era requisito necesario para los comportamiento resilientes. De forma de analizar este aspecto, Grotberg (1995 b) realizó un estudio en el que se analizó la competencia intelectual de personas de distintos grupos sociales de diferentes países, con escaso nivel de escolaridad, o bien otro tipo de indicadores que dieran cuenta de un bajo nivel intelectual. Los resultados obtenidos por la autora fueron distintos a los estudios anteriores e indicaron que, a pesar de la aparente limitación intelectual, estas personas estaban realizando acciones que promovían comportamientos resilientes en los niños.

La autora mencionada sostiene que, sugerir que la manifestación de comportamientos resilientes estaría sujeta de alguna forma a que las personas tuvieran un nivel promedio de inteligencia, significaría que de esta forma quedaría eliminado automáticamente el 40% de la población. Esto, de acuerdo a lo que indican los test estandarizados.

De acuerdo a Löesel, entre los recursos más importantes con los que cuentan los niños resilientes, se encuentran:

- Una relación emocional estable con al menos uno de sus padres, o bien alguna otra persona significativa.
- Apoyo social desde fuera del grupo familiar.
- Un clima educacional abierto, contenedor y con límites claros.
- Contar con modelos sociales que motiven el enfrentamiento constructivo.
- Tener responsabilidades sociales dosificadas, a la vez, que exigencias de logro.
- Competencias cognitivas y, al menos, un nivel intelectual promedio.
- Características temperamentales que favorezcan un enfrentamiento efectivo (por ejemplo: flexibilidad).
- Haber vivido experiencias de autoeficacia, autoconfianza y contar con una autoimagen positiva.
- Tener un enfrentamiento activo como respuesta a las situaciones o factores estresantes.
- Asignar significación subjetiva y positiva al estrés y al enfrentamiento, a la vez que, contextualizarlo de acuerdo a las características propias del desarrollo.

El autor mencionado señala que pueden existir además otros factores protectores. Destaca que éstos no son igualmente efectivos, y que en el plano individual algunos logran efectos solamente moderados. Sin embargo, agrega el autor, cuando varios de estos factores actúan combinadamente, son capaces de promover un desarrollo mental relativamente sano y positivo; esto, independientemente de las dificultades presentes en las condiciones de vida. Por último agrega que, los factores protectores no son independientes entre sí, sino que actúan relacionados entre ellos de forma tal que los de tipo personal pueden gatillar los recursos sociales y viceversa.

De acuerdo a Luthar (1993), para comprender qué es aquello que promueve la resiliencia en niños, se han utilizado dos estrategias: a) la aproximación a eventos vitales (implica una lista de eventos negativos experimentados por el niño); y b) el uso de experiencias individuales estresantes, como el divorcio de los padres.

Los procesos transgeneracionales

De acuerdo a Fonagy et al. (1994) en la resiliencia, al igual que en otros comportamientos, ha sido posible observar lo que los autores denominan *proceso transgeneracional*. Se ha observado que padres que han vivido una historia de privación, negligencia y/o abuso, tienen una mayor disposición a tener problemas durante las distintas etapas de su vida familiar. Estas dificultades incluyen problemas de conducta, salud física y mental y de educación a sus hijos, como también han mostrado problemas relacionados con las interacciones que mantienen al interior de la familia; sin embargo, se han observado importantes excepciones. Como por ejemplo, los autores constataron que con frecuencia personas que han sido maltratadas en su infancia se convierten en padres eficaces.

El develar el proceso subyacente al tipo de habilidades que desarrollan estas personas, sería descubrir uno de los más importantes indicadores de los comportamientos resilientes.

En relación a este punto, uno de los aspectos que ha sido descrito como crítico en el desarrollo de los niños, es no contar con padres competentes. De acuerdo a la literatura, en la medida que no se cuente con padres competentes, los niños muestran escasas posibilidades de internalizar modelos adecuados de ser padres; hecho que los torna muy vulnerables.

Según estudios recientes, el riesgo de transmisión intergeneracional en el caso del maltrato, muestra una frecuencia que alcanza el 30%. Sin embargo, un número importante de padres, a pesar de haber experimentado episodios de maltrato, enfrentando violencia, abandono, pobreza y riesgo de muerte durante la niñez, lograron vincularse positivamente con sus hijos, o bien sus hijos se vincularon positivamente con ellos, teniendo esto como consecuencia una inhibición en la posibilidad de la transgeneracionalidad.

De acuerdo a los autores mencionados, las investigaciones dan cuenta de algunos predictores que han resultado ser favorables cada que actúan como inhibidores de la repetición de patrones de comportamiento del pasado. Los predictores favorables en este caso serían los siguientes:

- Un cónyuge apoyador
- Seguridad financiera
- Atractivo físico
- Alto coeficiente intelectual
- Experiencias escolares positivas
- Fuertes afiliaciones religiosas

-
- Sentido de eficacia en el rol de padres
 - Sentido de optimismo respecto de los niños.

Fraiberg et al. (1985, en Fonagy et al., 1994), analizan la situación descrita desde un punto de vista psicoanalítico. Los autores argumentan que la respuesta al problema de transmisión intergeneracional reside en el tipo de defensas utilizadas por los padres para enfrentar su difícil pasado. La negación del afecto asociada al trauma y la identificación de la víctima con el agresor, constituyen dos mecanismos característicos utilizados por padres que no se muestran capaces de enfrentar la necesidad de infligir su propio dolor en sus hijos. Los autores mencionados proponen que la calidad de la representación mental de otros, particularmente la complejidad de esas representaciones, así como la percepción de la propia relación con otros, pueden constituirse en una importante influencia moderadora. Los autores mencionados basan sus planteamientos en la teoría del vínculo de Bowlby (1973).

La teoría del vínculo

Dada la importancia que las ideas recién mencionadas adquieren para una posible explicación de la resiliencia, es que se hará una referencia especial en relación a la teoría del vínculo.

La teoría del vínculo está basada en un estudio desarrollado por Ainsworth (en Fonagy et al., 1994), en el que utiliza una técnica de laboratorio que ella denomina “la situación de desconocimiento”.⁵

Lo dicho resulta de interés, a la luz de que, el vínculo inseguro ha sido identificado entre los niños y sus padres como una señal importante de privación psicosocial, negligencia y/o maltrato. Por su parte, los comportamientos de desorganización, han sido observados con mayor frecuencia en casos que previamente haya estado presente alguna forma de privación.

5 Esta consiste en separar a los niños de sus padres por un lapso de tiempo y observar la respuesta de aquellos al retorno de sus padres. Los datos arrojados por Ainsworth, muestran que aproximadamente la mitad de los niños perturbados por la separación, se tranquilizan al tener contacto visual con sus padres, y sólo retoman el juego exploratorio con éstos un 25% de los niños. Este porcentaje de niños ha sido descrito por la autora mencionada como *niños con vínculo seguro* y éstos se comportan mostrándose escasamente perturbados por la separación combinando comportamientos de acercamiento con otros que indican rechazo. El 12% de los niños estudiados se acerca a los padres, pero se niega a ser consolado por ellos y continúa con signos de angustia o pasividad. Por último, un pequeño grupo muestra confusión y desorganización después de reunirse con sus padres.

ción o maltrato severo. Desde un punto de vista psicoanalítico, estas conductas han sido interpretadas como resultado de una inhibición defensiva del proceso mental que apoya la construcción de un modelo mental de relaciones.

Por otra parte, el hecho de que los niños cuenten con seguridad (vínculo seguro) los dos primeros años de vida, ha mostrado predecir una importante cantidad de atributos, tanto en niños en edad preescolar, como en etapas posteriores del desarrollo; estos atributos han mostrado ser característicos de niños resilientes. La evidencia empírica indica que los niños resilientes han manifestado tener las siguientes características:

- Adecuado comportamiento social
- Regulación afectiva
- Capacidad de resistencia en situaciones desafiantes
- Orientación hacia los recursos sociales
- Habilidades cognitivas (p.e. ingenio o creatividad)

Tal como se indicaba, los autores señalan que, los niños resilientes muestran un vínculo seguro, y que éste último forma parte de un proceso que actúa como mediatizador en los comportamientos resilientes.

Fonagy et al. (1994), muestran resultados que ofrecen una base clara para señalar la independencia que tiene la influencia de los dos modelos parentales internos (madre y padre) de trabajo. Cada padre y madre transmite su propio modelo interno de trabajo y lo hace de modo independiente de las acciones del otro. El niño ha mostrado desarrollar y mantener conjuntos distinguibles de representaciones mentales, de las expectativas que puede tener respecto de la relación que establece con cada uno de sus padres (cuidadores primarios). Los estudios no dan cuenta hasta la fecha de qué forma y en qué momento los modelos internos de trabajo se combinan para determinar la forma en que el niño establece sus relaciones de apego (vínculos generales).

Estos autores sostienen que la influencia que los padres ejercen sobre el niño, la que permanece fija al menos los dos primeros años de vida, puede ser altamente adaptativa. El aislamiento de los modelos internos de trabajo de los niños, permite la creación de un modelo interno de trabajo seguro, junto a uno o más modelos inseguros. Los autores postulan que esto sería representativo, por ejemplo, de los niños que, a pesar de ser maltratados, siguen mostrando comportamientos resilientes.

Este último, es un punto crítico en la teoría del vínculo, en tanto da cuenta de la razón por la cual la presencia de una figura, aunque remota, estable y respondedora en la vida temprana del niño puede constituirse tanto en un factor protector como también, promover un tipo de relación segura, contribuyendo así al fortalecimiento de la resiliencia en el niño. Desde este punto de vista, incluso los niños pequeños, tienen la capacidad de reconocer, diferenciar y aislar los modelos internos de trabajo de los padres (cuidadores primarios).

Esta última observación resulta de especial interés, en el caso de niños maltratados, dado que Herrenkohl et al. (1994) señalan que es difícil para los niños adaptarse adecuadamente, como consecuencia del maltrato.

Uno de los aspectos importantes a destacar, de los estudios realizados por Fonagy et al. (1994), es aquel que dice relación con el hecho de que la presencia de la variable “capacidad de reflexión” resultó ser muy poderosa. Esto último en relación a las posibilidades que tiene el cuidador de generar seguridad en el niño constituyéndose así en un factor protector especialmente poderoso en la transmisión de seguridad desde los padres (cuidadores primarios) hacia el niño.

Block y Block (1973, en Radke-Yarrow y Sherman, 1990) señalan que los comportamientos resilientes muestran similitud con las personalidades obsesivo-compulsivas y, por lo tanto, el manejarse resilientemente implicaría contar con algunos rasgos del tipo de personalidad recién mencionada.



Carlos Gaggero

Investigación sobre riesgo

De acuerdo a Radke-Yarrow y Sherman (1990), los niños muestran durante su desarrollo una contradicción; ésta se produce dado que éstos son inherentemente vulnerables a la vez que muestran una fuerte determinación por sobrevivir y crecer. Esta característica propia de los niños, ha dado origen a múltiples estudios sobre qué es aquello que hace posible que éstos se desarrollen adecuadamente, tanto física como psicológicamente, bajo condiciones que atentan contra su sobrevivencia o bienestar.⁶

Las autoras mencionadas señalan que la importancia que se asigna a las investigaciones sobre el riesgo y sus efectos, data de los estudios que en 1946 implementaron Spitz y Wolf. Estos dos autores analizaron las respuestas que mostraban los niños tanto frente a la institucionalización como a la falta de una figura significativa cercana [mothering]. Los resultados indicaron que los niños que vivían bajo esas condiciones sufrían de depresión, y que incluso algunos de ellos murieron. Radke-Yarrow y Sherman (1990), señalan que el estudio mencionado fue seguido por las investigaciones que realizara Harlow (1958 en Radke Yarrow-Sherman, 1990), en las cuales se pudo apreciar que los animales mostraban conductas muy similares a aquellas descritas por Spitz y Wolf (1946 en Radke Yarrow-Sherman, 1990). La conclusión de estos estudios es que, las condiciones ambientales severamente deprivadoras, tienen un significativo impacto en el desarrollo tanto social, emocional, cognitivo como físico de los niños, a la vez que en el grado de bienestar alcanzado por éstos. Las autoras señalan que, el principal mensaje que se deriva de este tipo de estudios, es que el bienestar biológico no es suficiente y que los niños pequeños dependen también del amor y el alimento [nurturance] psicológico, para su sobrevivencia.

Interesantes resultan los comentarios que las autoras mencionadas hacen, respecto de que, si bien en los resultados de los estudios no se da especial importancia a aspectos tales como las diferencias que presentaron entre sí los niños estudiados por Spitz y Wolf (1946 en Radke Yarrow-Sherman, 1990), un análisis más detenido de estos datos muestra que, de hecho, los niños reaccionaron de diferente forma frente a la situación experimentada.

6 De acuerdo a estas autoras, esta dualidad que es propia de los niños en desarrollo, es la que ha dado origen a un área de estudio que se ha denominado "investigación sobre riesgo" [risk research]. El objeto de estudio de esta área, provee un ejemplo de la orientación dual que es propia del desarrollo, teniendo un énfasis tanto en las vulnerabilidades individuales, como en las resistencias que se producen frente al estrés y al riesgo.



Armando Waak/OPS

De la teoría a la acción: posibilidades para programas de intervención

La discusión en relación a los posibles aportes del concepto de resiliencia, debe basarse en los avances teórico-prácticos encontrados hasta la fecha en diversos planos. A continuación, se presentan algunos de los factores que llevan a plantear la posibilidad de retroalimentar las acciones educativas, a partir de la acumulación de conocimientos que se producen en el ámbito de la resiliencia. Entre otros, es importante considerar los siguientes factores:

- Una lectura de los mecanismos que han actuado como moderadores y/o protectores, frente a las situaciones que conlleva frecuentemente la pobreza.
- La importancia de la detección temprana de posibles desórdenes permanentes en los niños, como por ejemplo los daños cerebrales. Estos desórdenes, al ser detectados y/o evaluados tempranamente, pueden ser prevenidos o aminorados, permitiendo a los niños y a sus familias una mejor calidad de vida (Hall, 1992).
- La importancia de la detección temprana de los factores estresantes o de riesgo, para así reducir sus efectos en el desarrollo de los niños (Hall, 1992).
- El hecho de realizar tempranamente las intervenciones, produce un mayor y mejor impacto (Bronfenbrenner, 1974).
- La importancia de incorporar a la familia en el trabajo con los hijos, en tanto esto constituye una instancia mediadora.
- El cambio que han sufrido los servicios de atención pediátrica, en el sentido de trabajar con una actitud pasiva, en la cual se esperaba la llegada de los padres a la consulta para, a partir de allí, implementar la intervención. La propuesta actual se orienta a realizar una acción activa o promotora de la detección temprana de los factores que estarían impidiendo un desarrollo integral normal, para así prevenir posibles alteraciones y desórdenes (Hall, 1992), y no esperar la llegada de la enfermedad a la consulta.

Lo expuesto anteriormente muestra la necesidad de centrarse en la salud y educación, más que en la enfermedad o carencia. En la medida en que seamos capaces de conocer con mayor profundidad las condiciones bajo las cuales se desarrolla los comportamientos resilientes, será posible generar intervenciones que vayan en la línea de prevenir, promoviendo y apoyando estas prácticas. Además, este enfoque implica que en el diseño de las prácticas educativas será indispensable no sólo contar con un mensaje adecuado, sino también, con un mensajero que los transmita con respeto y cariño al niño. Tal mensaje educativo debe basarse en la posibilidad de que el menor desarrolle la capacidad de ser activo frente a los adultos y su medio, generando así una adecuada autoconfianza y autoimagen.

De acuerdo a Löesel (1992), la importancia que se venía otorgando a la posibilidad de utilizar los aportes que entrega el enfoque de la resiliencia, no debiesen reemplazar los esfuerzos que sea posible desarrollar por reducir tanto los riesgos como los déficit del desarrollo. En enfoque de resiliencia, indica el autor mencionado, resulta interesante para el enfoque preventivo dado que:

- Los factores protectores pueden compensar al menos parcialmente, a aquellos factores de riesgo que se hacen presente en un momento determinado.
- El enfrentamiento exitoso con el estrés puede contribuir al desarrollo de una personalidad positiva.
- La prevención primaria puede ser posible sin grandes intervenciones externas en los contextos naturales.

Aportes de la investigación en resiliencia al diseño de políticas sociales

A continuación se señalarán algunos resultados de investigaciones recientes, que señalan y sugieren líneas preventivas concretas.

- El hecho de que la madre trabaje y que los niños permanezcan frecuentemente al cuidado de los hermanos mayores ha mostrado contribuir en estos últimos a conductas que muestran autonomía y responsabilidad. En general, comportamientos resilientes (Werner 1988).
- La estructura y las reglas del hogar, como también los quehaceres domésticos asignados, capacitan a muchos niños a presentar comportamientos resilientes y reaccionar adecuadamente a las situaciones provocadas por la pobreza, ya sea que vivan en medios rurales o urbanos (Werner, 1988).

-
- Los niños que se comportan como resilientes encuentran importantes fuentes de apoyo emocional incluso fuera de su familia inmediata, tienden a ser muy queridos por sus compañeros de curso y tienen usualmente varios amigos cercanos y confidentes (Garnezy, 1983; Kauffmann et al, 1979; Wallerstein y Kelly, 1980; Werner y Smith, 1982; en Werner, 1988). Además, participan en redes sociales informales de vecinos, pares y/o adultos de quienes reciben consejos frente a situaciones críticas y cambios que ocurren durante la vida.
 - Frecuentemente, los niños resilientes hacen de la escuela su hogar, fuera de su casa. A modo de ejemplo un profesor favorito puede llegar a ser un modelo de identificación para un niño resiliente (Werner, 1988).
 - Se ha descrito (Rutter et. al. 1979), que las experiencias positivas vividas en la sala de clases pueden mitigar los efectos de un estrés considerable en el hogar. Entre las características de las escuelas más exitosas se cuenta con un entorno físico apropiado, retroalimentación afectiva del profesor hacia los alumnos, uso frecuente de alabanzas, buenos modelos de comportamiento de los profesores, y el brindar a los estudiantes labores de responsabilidad y actitudes de confianza. Los autores observaron que los niños que asistieron a tales escuelas desarrollaron escasos o ningún problema emocional o conductual, a pesar de la considerable deprivación y discordia presentes en sus hogares (Pines, 1984, en Werner, 1988)
 - La participación en actividades extra-curriculares o clubes sociales puede constituirse en una fuente informal que apunta a desarrollar conductas resilientes. El apoyo emocional provino también de un grupo de iglesia (Werner, 1988).
 - Según plantea Bradley et al. (1994), las cifras de incidencia y prevalencia de distintos aspectos de la salud y el desarrollo integral, tienden a subestimar el impacto de la pobreza, especialmente cuando ésta ocurre en combinación con otros factores de riesgo, como por ejemplo: la prematurez. Werner (1988), señala que en la medida en que exista equilibrio entre los eventos de vida estresante y los factores protectores, los niños podrán enfrentar adecuadamente su realidad. Sostiene que en una situación muy estresante puede ocurrir que ésta disminuya el efecto de los factores protectores, pudiendo incluso los niños resistentes verse enfrentados a situaciones o sensaciones difíciles. De allí que una intervención preventiva no puede excluir a los resilientes.
 - Quienes cuidan o educan niños pueden contribuir al bienestar de éstos disminuyendo la cantidad y frecuencia con que los niños están expuestos al estrés agudo o crónico.
 - Rutter (1987), señala que no es suficiente identificar los factores protectores, es importante también crear o reforzar los mecanismos protectores, siendo este uno de los obje-

tivos necesarios de mantener presente en el diseño de las estrategias de intervención preventiva. En este sentido, Werner (1988) indica que existe una necesidad especial de fortalecer el apoyo informal hacia los niños vulnerables y sus familias debido a que éstos carecen de algunos vínculos sociales esenciales que han mostrado mitigar el estrés.

- Aquellas personas que cuidan, educan o trabajan con niños pequeños podrían ayudar a fomentar los comportamientos resilientes, por ejemplo, aceptando la particularidad del temperamento de cada niño y permitiéndoles enfrentar desafíos; transmitiendo a éstos un sentimiento de responsabilidad y preocupación y recompensándolos por su cooperación; motivando intereses y actividades que sirvan como fuentes de gratificación y autoestima; y moldeando una convicción de que la vida tiene sentido a pesar de las adversidades que se tienen que enfrentar. Las historias de niños resilientes, demuestran que la fe y la confianza pueden desarrollarse y mantenerse aún bajo circunstancias adversas, esto depende de si los niños encuentran personas que den un sentido a su vida y una razón para confiar en la vida. Lo que puede ser proporcionado a los niños, ya sea en la sala de clases, en el lugar de juegos, en el vecindario y/o en la familia, siempre que estén presente personas que se preocupen y den atención a los niños (Werner, 1988).
- El hacinamiento en el hogar, mostró en distintos estudios, relacionarse significativamente con conductas resilientes. Es así, como los grupos familiares que vivían en condiciones de hacinamiento, no mostraron niños con comportamiento resiliente.
- Diversas investigaciones señalan que los hogares con niños resilientes obtuvieron puntajes significativamente más altos en las cuatro escalas del HOME (aceptación, materiales de aprendizaje, variedad y responsividad). Además, los niños que se comportaban resilientemente, disponían de áreas de juego seguras.
- Los niños resilientes obtuvieron mejores indicadores de salud neonatal comparados con sus pares del mismo grupo social
- La habilidad intelectual de las madres, resultó ser más alta en el caso de los niños con comportamientos resilientes.
- El estudio de Bradley et al. (1994), indica que las experiencias de cuidado de los niños, que actúan como protectoras están condicionadas por factores como, disponibilidad de juguetes y materiales, variedad de estimulación, responsividad paterna, aceptación del comportamiento del niño, y adecuado espacio de privacidad y exploración. Estos tipos de experiencia han demostrado ser consistentes en el apoyo que le dan a la salud y al desarrollo integral de los niños (Bradley et al, 1994).
- El cuidado que da respuesta a las solicitudes de los niños y que es, a su vez, estimulante y organizado, hecho en condiciones de seguridad, reduce la probabilidad de daño físico y psicológico (Werner, 1986; Sameroff, 1983, en Bradley et al 1994).

Síntesis del documento

Los distintos niveles de impacto de la pobreza: distal y proximal

Existe una preocupación creciente a nivel internacional, respecto de la crítica situación de pobreza y de sus efectos especialmente deterioradores, tanto sobre la salud física, como mental de las personas. En este sentido, resulta importante plantear ciertas distinciones básicas al trabajar en estos sectores, o bien frente a otras situaciones que han sido descritas como adversas.

Es necesario considerar los factores macrosociales o distales que no afectan directamente a la persona, pero que actúan a través de mediadores, y las variables de riesgo proximales que interactúan directamente con las personas. La importancia de destacar este punto, radica en el hecho de que un proceso de intervención, puede tener como objetivo viable la modificación o refuerzo de algunas de las variables proximales, o bien la actuación sobre los mediadores.

El interés de este trabajo, se centra básicamente, en analizar las posibilidades que ofrecen distintos modelos conceptuales, de entregar elementos que permitan actuar preventivamente sobre los efectos deterioradores de la pobreza.

Cabe destacar, que las tres últimas décadas han sido escenario del surgimiento tanto, de diversos modelos conceptuales, como de programas de intervención psicosocial destinados a contrarrestar los efectos de la pobreza. Sin embargo, la mayor parte de éstos, han estado basados en paradigmas que resaltaban la enfermedad y el riesgo en el área de la salud, y la carencia y compensación en el campo educativo.

El surgimiento del concepto de resiliencia: un avance hacia la racionalidad de las intervenciones psicosociales

Desde un enfoque interdisciplinario, basado fundamentalmente en la observación de las diferencias conductuales, que muestran los distintos seres humanos enfrentados a situaciones aparentemente similares, surge interés por conocer el origen de dichas especificidades.

El concepto de resiliencia alude a las diferencias individuales que manifiestan las personas entre sí, al estar enfrentadas a situaciones de riesgo. En consecuencia, reviste importancia conocer las especificidades que han manifestado los seres humanos que viviendo en situaciones adversas, han logrado un nivel "adecuado" o "normal" de desarrollo; estas personas han sido denominadas resilientes.

La resiliencia abre un abanico de posibilidades, en tanto enfatiza las fortalezas y aspectos positivos, presentes en los seres humanos. Más que centrarse en los circuitos que mantienen las condiciones de alto riesgo para la salud física y mental de las personas, se preocupa de observar aquellas condiciones que posibilitan un desarrollo más sano y positivo.

La situación de estrés y dolor en la cual se crían los niños y niñas de la pobreza, los vuelve especialmente proclives a problemas de salud física y mental; así como, a problemas conductuales y de aprendizaje. En síntesis, ellos están más expuestos que sus pares de otros grupos sociales a situaciones dolorosas, tanto internas como externas; convirtiéndolos esto último en más vulnerables.

En relación al concepto de resiliencia, importante resulta destacar que tiene elementos en común con conceptos afines, tales como, "coping", robustez (hardiness) e invulnerabilidad. Sin embargo, a diferencia de los conceptos mencionados, la resiliencia supone un estado de sensibilidad de parte de las personas frente a estímulos dolorosos o adversos, que actuarían vulnerándola. A la vez, que una reacción activa de construcción positiva y de una forma socialmente aceptable. De allí, que los componentes básicos que constituyen el concepto de resiliencia son: vulnerabilidad, resistencia, construcción positiva y aceptación social.

Los modelos conceptuales que están a la base de estos términos intentan, a diferencia de aquellos basados en la enfermedad y riesgo explicar la naturaleza y la causa de los desarrollos exitosos. Asimismo, el conocimiento y comprensión de las razones por las cuales algunas personas no resultan dañadas por la privación.

El efecto deteriorador de la pobreza en el desarrollo de los niños y niñas no es líneal ni unicausal

Es necesario precisar que distintos autores señalan que el efecto deteriorador de la pobreza, ocurre frente a situaciones permanentes o reiterativas de pobreza y no a las de carácter temporal.

Por otra parte, se ha sostenido que el riesgo que implica la pobreza no está dado sólo por la presencia de los factores de riesgo, ni por la calidad de éstos, sino que es producto de la acumulación de factores de este tipo. Además, se agrega que la situación de deterioro en el desarrollo de los niños se produce solamente si los factores de riesgo actúan simultánea y acumulativamente.

Es fundamental, tener presente que el nexo entre una situación de pobreza familiar y la situación de riesgo social, no es obligada ni irreversible. Cabe señalar que las políticas sociales recomendables para contrarrestar los efectos nocivos de un ambiente de alto riesgo, pueden limitar innecesariamente las oportunidades de un niño (a) en un ambiente de bajo riesgo social.

La interacción entre los mecanismos protectores: condición insustituible para la promoción de la resiliencia

La literatura ha sido reiterativa en indicar que, existen tres posibles fuentes de factores que en su calidad de protectores, promueven comportamientos resilientes. Estos son los atributos personales, los apoyos del sistema familiar y aquellos provenientes de la comunidad.

Sin embargo, es interesante señalar que el carácter protector que adquieren estos factores se los otorga la interacción que cada uno de ellos tiene con el medio que rodea a las personas, en momentos determinados. En cambio, si actúan en forma independiente, no resultan ser lo suficientemente protectores. Es así, como los factores protectores pueden dejar de ser tales, bajo determinadas circunstancias ambientales como también en diferentes momentos, estados o etapas de la vida de las personas.

Por otra parte, es posible que factores que actuaron en calidad de riesgo, en ciertos momentos, pueden no sólo dejar de serlo, sino que transformarse en protectores. Cuando varios de estos factores actúan simultáneamente son capaces de promover un desarrollo sano y positivo, esto independiente de las dificultades presentes en las condiciones de vida.

Es así, que tanto las personas en forma individual, como los grupos humanos cuentan

potencialmente con ciertos mecanismos protectores. Sin embargo, el carácter dinámico de estos mecanismos hace que ninguno de éstos sea estable en el tiempo para cada una de las personas, ni menos aún para los grupos.

La importancia del modelo conceptual de resiliencia

La importancia de este modelo conceptual, reside básicamente en la posibilidad de que una observación analítica y detallada de cada uno de los mecanismos subyacentes a los comportamientos resilientes, es conducente al diseño de acciones preventivas tanto para personas individuales como para los grupos.

La prevención: un punto de encuentro

Los avances alcanzados en la investigación en torno a la caracterización de los comportamientos resilientes, la acumulación creciente de conocimientos en torno a los factores y mecanismos protectores; así como, las posibles formas de promover la resiliencia, sitúan a los alcances logrados en esta dirección, en un sitio privilegiado para diseñar posibles formas y contenidos para un trabajo preventivo en sectores populares.

Bibliografía

Baldwin, Alfred L.; Baldwin, Clara y Cole, Robert E. (1992). Stress-resistant families and stress-resistant children En: *Risk and protective factors in the development of psychopathology* (1992). Rolf, Jon; Masten, Ann S.; Cicchetti, Dante; Nuechterlein, Keith H. y Weintraub, Sheldon (eds.) Cambridge University Press. Cambridge, Gran Bretaña.

Bowlby, John (1973). Attachment and loss. Vol. 2, Penguin Books. Londres, Gran Bretaña.

Bradley, Robert H.; Whiteside, Leanne; Mundfrom, Daniel J.; Casey, Patrick H.; Kelleher, Kelly J.; Pope, Sandra K. (1994). Early indicators of resilience and their relation to experiences in the home environments of low birth weight, premature children living in poverty. *Child Development*, vol. 65, n.2, pp. 346-360.

Braveman, Shirley y Paris, Joel (1993). The male mid-life crisis in the grown-up resilient children. *Psychotherapy*, vol. 30, n. 4, pp. 651-657.

Bronfenbrenner, Urie (1979a). Contexts of child rearing: problems and prospects. *American Psychologist*, vol. 34, n.10, pp. 844-850.

Bronfenbrenner, Urie (1979b). The ecology of human development: experiments by nature and design. Harvard University Press. Cambridge Gran Bretaña.

Building on people's strengths: Conference Prospectus Child Resilience and the Family (1992). International Catholic Child Bureau, E.E.U.U.

Connell, James Patrick; Beale Spencer, Margaret y Aber, J. Lawrence (1994). Educational risk and resilience in African-American youth: context, self, action, and outcomes in school. *Child Development*, vol. 65, n. 2, pp. 493-507.

Contrada, Richard J. (1989). Type A behavior, personality hardiness, and cardiovascular responses to stress. *Journal of Personality and Social Psychology*, vol. 57, n.5, pp. 895-903.

Diccionario Básico Latín-Español/Español-Latín; 1992. Barcelona, España.

Enciclopedia Hispánica: Micropedia (1989-1990). Barcelona, España.

Enciclopedia Salvat de la Ciencia y de la Tecnología, Salvat, 1964. Barcelona, España.

Fonagy, P.; Steele, M.; Steele, H.; Higgitt, A. y Target M. (1994). The Emanuel Miller Memorial Lecture 1992. The theory and practice of resilience. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, vol. 35, n. 2, pp. 231-258.

Fergusson, D. M. y Lynskey, M. T. (1996). Adolescent resilience to family adversity. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, vol. 37, n.3, pp. 281-292.

Garbarino, James (1995). Raising children in a socially toxic environment. Jossey-Bass Publishers. San Francisco-California, E.E.U.U.

García Morton, Danae y Gómez-Barris Chandía, Elyna (1995). Familia chilena y resiliencia: un estudio en mujeres populares de Santiago: Tesis presentada a la Universidad Diego Portales para optar al grado de Licenciado en Psicología.

Greenspan, Stanley (1996). *The Growth of the Mind, and the Endangered Origins of Intelligence*. Addison Wesley, E.E.U.U.

Grotberg, Edith (1995a). *A guide to promoting resilience in children: strengthening the human spirit*, The International Resilience Project, Bernard Van Leer Foundation. La Haya, Holanda.

Grotberg, Edith (1995b). *The Internacional Resilience Project: Promoting Resilience in Children*. ERIC: ED.383424, E.E.U.U.

Hall, D. M. B. (1992) "Child health promotion, screening and surveillance". En *Journal of child psychology and psychiatry*, vol 33, No 4.

Haynes, Norris M. (1993). *The school development program: a holistic developmental approach to promoting resilience among children*. International Catholic Child Bureau. Ginebra, Suiza.

Herrenkohl, Ellen C.; Herrenkohl, Roy C. Y Ego, Brenda (1994). Resilient early school age children from maltreating homes: outcomes in late adolescence. *American Journal Orthopsychiatry*, vol. 64, n. 2, pp. 301-309.

ICCB/BICE (1994). *Elements for a Talk on Resilience: Growth in the Muddle of Life*. Ginebra, Suiza.

Kotliarenco, M. A. y Dueñas, V. (1992). *Vulnerabilidad versus Resilience: Una Propuesta de Acción Educativa*. Derecho a la Infancia, 3er. Bimestre. Santiago, Chile.

Kotliarenco, María Angélica, Castro, Ana y Cáceres, Irma (1993). En torno a la problemática de la conceptualización en el ámbito preescolar. Primer Simposio Latinoamericano y Cuarto Simposio Nacional de Educación Parvularia: Desarrollo de una Atención Integral Pertinente a América Latina para el Niño Menor de 6 años. Santiago, Chile,

Kotliarenco, María Angélica; Alvarez, Catalina; y Cáceres, Irma. (1995). Una nueva mirada de la pobreza. Foro Mundial 1995: La Persona Menor de Edad como Prioridad en la Agenda Mundial ¿Qué es lo necesario?. Puntarenas, Costa Rica.

Kotliarenco, María Angélica; Cáceres, Irma; y Alvarez Catalina. Eds. (1996). *Resiliencia: Construyendo en adversidad*. CEANIM, Santiago, Chile.

Levav, Itzak (1995). Comunicación personal.

Lösel, Friedrich (1992). *Resilience in Childhood and Adolescence*. International Catholic Child Bureau; Ginebra, Suiza.

Lösel, F.; Bliesener, T.; Kferl, P. (1989). On the Concept of *Invulnerability*: Evaluation and First Results of the Bielefeld Project, pp. 186-219; en Brambring, M.; Lösel, F.; Skowronek, H.: *Children at Risk: Assesment, Longitudinal Research and Intervention*. Walter de Gruyter, 1989. Nueva York, E.E.U.U.

Luthar, Suniya S. (1993). Annotation: methodological and conceptual issues in research on childhood resilience. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, vol. 34, n. 4. Pp. 441-453.

Masten, Ann S., Morrison, Patricia, Pellegrini, David y Tllegen, Aude (1992). Competence under stress: risk and protective factors. En: *Risk and protective factors in the development of psychopathology* (1992). Rolf, Jon; Masten, AnnS.; Cicchetti, Dante; Nuechterlein, Keith H. Y Wintraub, Sheldon (eds) Cambridge University Press. Nueva York, E.E.U.U.

Milgram, Norma A. & Palti, Gilda (1993). Psychosocial characteristics of resilient children. *Journal of Research in Personality*, n. 27, pp- 207-221.

Osborn, Albert F. (1990). Resilient children: a longitudinal study of high achieving socially disadvantaged children. *Early Child Development and Care*, vol. 62, pp. 23-47.

Osborn, Albert F. (1993). What is the value of the concept of resilience for policy and intervention?. *International Catholic Child Bureau*. Gran Bretaña.

Osborn, A. F.; Butler, N. R. & Morris, A. C. (1992). *The social life of Britain's five-year-olds: A report of the Child Health and Education Study*. Routledge & Kegan Paul. Gran Bretaña.

Radke-Yarrow, Marian y Sherman, Tracy (1992). *Hard growing: children who survive* En: Risk and protective factors in the development of psychopathology (1992). Rolf, Jon; Masten, Ann S.; Cicchetti, Dante; Nuechterlein, Keith H. y Weintraub, Sheldon (eds.) Cambridge University Press. Cambridge, G. Bretaña

Richters, John y Weintaub, Sheldon (1992). *Beyond disthesis: toward an understanding of high-risk environments* En: Risk and protective factors in the development of psychopathology (1992). Rolf, Jon; Masten, Ann S.; Cicchetti, Dante; Nuechterlein, Keith H. Y Weintraub, Sheldon (eds). Cambridge University Press. Cambridge, Gran Bretaña.

Roth, David L.; Wiebe, Deborah J.; Fillingim, Roger B. Y Shay, Kathleen A. (1989). Life events, fitness, hardiness, and health: a simultaneous analysis of proposed stress-resistance effects. *Journal of Personality and Social Psychology*, vol. 57, n.1, pp. 136-142.

Rutter, Michael (1981). Stress, coping and development: some issues and some questions. *Journal Child Psychology and Psychiatry*, vol. 22, n.4, pp. 323-356.

Rutter, Michael (1985a). Family and school influences on behavioural development. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, vol. 22, n.3, pp. 349-368.

Rutter, Michael (1985b). Resilience in the face of adversity: protective factors and resistance to psychiatric disorder. *British Journal of Psychiatry*, vol.147, pp. 598-611.

Rutter, Michael (1987). Psychosocial resilience and protective mechanisms. *American Journal Orthopsychiatry*, vol. 57, n.3, pp. 316-329.

Rutter, Michael (1993). Resilience: Some conceptual considerations. *Journal of Adolescent Health*, vol. 14, n.8, pp. 626-631.

Rutter, Michael y Madge N. (1976). *Cycles of disadvantage*. Heinemann Educational Books. Kingston, Gran Bretaña.

Rutter, Michael & Rutter, Marjorie (1992). *Developing Minds: Challenge and Continuity across the Life Span*. Penguin Books, Gran Bretaña.

Sameroff, Arnold J. Y Seifer, Ronald (1992). *Early contributors to developmental risk* En: Risk and protective factors in the development of Psychopathology (1992). Rolf, Jon; Masten, Ann S.; Cicchetti, Dante; Nuechterlein, Keith H. Y Weintraub, Shedon (eds.).Cambridge University Press. Cambridge, Gran Bretaña.

Scarr, Sandra (1985). Constructing psychology: making facts and fables for our times. *American Psychologist*, vol.40, n.5, pp. 499-512.

Substad, Norway (1995). *Child resilience and religion in relation to humour theory and practice*. International Catholic Child Bureau; Ginebra, Suiza.

Stress and coping as predictors of young children's development and psychological adjustment. (Internet).

Tim Burns= Books map the road to resilience. (Internet)

Vanistendael, Stefan (1993). Resilience: a few key issues. International Catholic Child Bureau, Malta.

Vanistendael, Stefan (1995): Cómo crecer superando los percances: resiliencia capitalizar las fuerzas del individuo. International Catholic Child Bureau. Ginebra, Suiza.

Werner, Emy E. y Smith, Ruth S. (1982). Vulnerable but invincible: a longitudinal study of resilient children and youth. McGraw Hill. Nueva York, E.E.U.U.

Werner, Emmy E. (1989). High-risk children in young adulthood: a longitudinal study from birth to 32 years. American Journal of Orthopsychiatry, vol. 59, n.1, pp. 72-81.

Werner, Emmy E. (1993). Protective factors and individual resilience. En: Handbook of early childhood intervention (1993) Meisels, Samuel J. Y Shonkoff, Jack P. (Eds.). Cambridge University Press. Nueva York, E.E.U.U.

What makes resilience? (Internet)

Wolin, Steven J: y Wolin, Sybil (1993). The resilient self: how survivors of troubled families rise above adversity. Villard Books. Nueva York, E.E.U.U.